



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo LXVIII. De la cerdosa aventura que le aconteció á don Quijote.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



## CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á don Quijote.



ERA la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo, bien al

reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro hartó. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes.

¡Oh alma endurecida! ¡oh escudero sin piedad! ¡oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro

título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo : *post tenebras spero lucem* (1).

No entiendo eso, replicó Sancho Panza; solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Solo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces.

¡Ah pésia tal! replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que también á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero en efecto todos son refranes.

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendía. Levantóse en pie don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues, el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser po-



dia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de don Quijote, ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando no solo á don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales

(1) El signo de Juan de la Cuesta, primer impresor del Quijote y amigo de Cervantes era una grulla, y en la orla las palabras latinas anteriores, que quieren decir: *Después de las tinieblas espero ver la luz*. (Job, Cap. XVII, ó XII.)—A.

inmundos puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas (1), y le piquen avispas, y le hollen puercos.

Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

Duerme tú, Sancho, respondió don Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria. A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quiso se acurruco, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbaba. Don Quijote arrimado á un tronco de un haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Ben Engeli no distingue el árbol que era) al son de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso  
En el mal que me das terrible y fuerte,  
Voy corriendo á la muerte,  
Pensando así acabar mi mal inmenso:  
Mas en llegando al paso,  
Que es puerto en este mar de mi tormento,  
Tanta alegría siento,  
Que la vida se esfuerza y no le paso.  
Así el vivir me mata,  
Que la muerte me torna á dar la vida,  
¡Oh condicion no oida,  
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destes acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó, y desperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su reposteria, y maldijo la piara y aun mas adelante.

Finalmente volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazon de don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse don Quijote á Sancho y díjole: si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la

(1) *Adiva* es una especie de zorra: voz arábica, que significa animal astuto y peloso, fiera sagaz. — A.

tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon á don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca, en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demas de á pie, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adonde le llevaban, ó que querian; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pie con un aguijón le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: caminad, trogloditas (1); callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejeis, escitas; ni abrais los ojos, polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿nosotros tortolitas, nosotros barberos, ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva (2), todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia que serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció don Quijote que era el del duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y que será esto? Si que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

(1) Los naturales de ciertos pueblos de la Etiopia, hombres bárbaros y crueles.

(2) Espression metafórica tomada de la agricultura, en las operaciones de la trilla y limpia del grano; dicese esto cuando el viento que corre no es favorable para limpiar la parva. Esta es el monton de mies trillada que se tiene en la era antes de aventarla, para apartar la paja del grano. — Arr.

